DON JUAN VALERA EN EL BRASIL

Por *José Luis CANO*

CUANDO llega Juan Valera al Brasil —noviembre de 1851— es un joven diplomático de 27 años, buen mozo, bastante enamoradizo y algo poeta. En sus destinos anteriores —Nápoles, Lisboa— no había tenido tiempo de aburrirse. En Lisboa le sorbió el seso una tal Antoñita, malagueña, que debía ser, a juzgar por la descripción que hace de ella don Juan, una maravilla de criatura. Toda la Embajada española andaba revuelta tras sus encantos. En Nápoles, Valera tuvo una aventura más seria: sus amores, al parecer platónicos, con Lucía Paladi, Marquesa de Bedmar, a la que nuestro novelista llamaba en sus cartas "la Muerta", por la palidez de su rostro. En Lisboa se divertía bastante, a pesar de que su sueldo era una pequeñez: 12,000 reales anuales. Un poco por lograr un ascenso en la carrera, y otro por escapar a cierto riesgo matrimonial en el que de pronto se vio metido, Valera solicitó del Ministerio, al año de hallarse en Lisboa, un traslado a la Embajada de España en Río de Janeiro. Su solicitud fue pronto atendida, no en balde su tío don Antonio Alcalá Galiano era un personaje en la corte. El 11 de agosto de 1851 Valera es ascendido a Secretario de Legación en Río de Janeiro, con 18,000 reales al año. El 16 de noviembre se embarca en un navío inglés que llega a Río a fines de ese mes, "después de un viaje feliz como indigno de memoria". Las primeras impresiones del país, que comunica en largas misivas a su amigo don Serafín Estébanez Calderón, no dejan de ser favorables. Admira la hermosura y portentosa fertilidad de la naturaleza brasileña, la majestad y grandeza de las Amazonas, y la frondosa y admirable vegetación que hace de los alrededores de Río un verdadero paraíso. "Las palmeras —escribe a Estébanez—, los cocoteros, la canela, el clavo, el sagú, los bambúes colosales y pomposos, y no sé cuántas plantas más, siempre verdes y cargadas de frutas sabrosas y de flores de aroma singular y de vivísimos matices; no sólo adornan los jardines sino que muchas crecen naturalmente en poético desorden, y con mayores galas, por aquellos sitios donde la mano del hombre no ha llegado". Mas tanta riqueza del paisaje no es suficiente para hacerle feliz. Valera se queja

a su amigo de que su vida es fastidiosa, y se lamenta del calor, de las calles mal empedradas, de las distancias enormes, de la comida nauseabunda, y de las habitaciones mal alhajadas y llenas de "arañas, curianas, lagartijas, mosquitos, salamanquesas, alacranes y otros monstruos horribles y asquerosos". Por otra parte, la vida de relación es escasa, y todo el mundo se acuesta a las diez de la noche. Pero esta es una impresión de las primeras semanas. Pronto veremos cómo Valera sabe divertirse también en Río. Al principio, casi su única relación es la del Embajador, su jefe, y la de su familia. El Embajador, don José Delavat y Rincón, aunque albo volteriano —dice Valera—, pues leyó en sus mocedades el *Diccionario filosófico,* es un varón justo y temeroso de Dios. La niña del Embajador, Dolorcitas, que tiene entonces 8 ó 9 años, se pasa el día llorando y dando gritos, y "es fea como el pecado". "¡Qué niña, qué niña! —se lamenta el Embajador ante Valera—, si sigue así cuando se case aviado está su marido". ¡Quién le había de decir a Valera entonces que, andando el tiempo, iba a casarse con aquella niña caprichosa y llorona! Por ahora, sin poder adivinar tal suceso, sólo juega al burro y a la brisca con Dolorcitas.

En cambio, comienza a cultivar a algunas francesitas empleadas en las tiendas elegantes de Río, sobre todo a una madame Finet, vendedora de perfumes, "a la que daría yo —escribe Valera— un mes de sueldo por un par de nochecitas de *gaudeamus*". Pero madame Finet se mantiene castísima, y Valera se ve obligado a consolarse con alguna que otra mulata, género más asequible y complaciente. Algo se distrae también con las excursiones. Con un pariente de Estébanez, llamado Bryan, de quien se hace muy amigo, visita la colonia alemana de Petrópolis, y sube al pico del Papagayo, el más alto de las montañas que rodean a Río. Estas montañas, la de l'Organo, la del Pan de Azúcar, la del Corcovado, evocan la imagen de unos titanes fulminados en el momento de escalar las nubes, comparación que suele encontrarse —dice Valera— en los poetas brasileños. En sus cartas a su amigo Estébanez, Valera elogia a algunos de estos poetas, como Magalhães, a la sazón ministro en Nápoles, pero sobre todo Gonçalves Dias, que ha sabido dar a sus composiciones "la novedad, el primor, las galas, del país en que nacieron, y la vida y el fuego de este clima". Trata Valera a algún erudito, como Varuhagem, secretario perpetuo del Instituto Histórico, aunque más que un verdadero sabio le parece un *dilettante*. En cuanto a la Biblioteca Nacional, la juzga como la más rica acaso de toda América, pero "está tan mal arreglada que no es posible ver lo que hay en ella". Atendiendo a los ruegos de Estébanez, curioso de antigüedades brasileñas, compra para él un "Dic-

cionario de la lengua brasileña", publicado en Lisboa en 1795 sin nombre de autor. No le aconseja, en cambio, los *Viajes* del diplomático francés M. de Castelnau, a la sazón cónsul en Bahía. Valera conoció a Castelnau en el barco que le llevó de Bilbao a Brasil, y le pareció "más mentiroso que discreto y más lleno de presunción que de doctrina". Según Valera, los brasileños hacen poco caso del libro de Castelnau, y en cambio a los Padres Vieira y Jumilla "nos los traen a cuento a cada paso". En realidad —escribe Valera a su amigo Estébanez— "poco o nada bueno se ha escrito en los últimos tiempos de las cosas del Brasil, y para enterarse de algo, a pesar de la Condamine y de los viandantes ingleses, lo mejor es recurrir a nuestros iberos de los siglos XVI y XVII, cuyos libros aquí no se hallan en venta".

La vida de Valera parece deslizarse más bien monótona en Río. Excursiones por los alrededores con el Conde de Meden, ministro de Rusia, charlas con su jefe el embajador, escarceos amorosos, rebusca de viejos libros para enviárselos a su amigo Estébanez... La llegada de un curioso personaje, "el ilustre Buschental", como le llama Valera, anima el cotarro. "Hombre más socarrón —dice de él Valera—, travieso, atrevido y redomado no lo he visto en mi vida. Con las aventuras que ahora está corriendo desde que vino fugitivo y quebrado de España, se podrían llenar tres o cuatro tomos de lectura ejemplar y agradable". "Llegó aquí sin un cuarto, sin crédito y más deudas que pelos en la cabeza, pero la tiene tan fecunda en inventar trazas, en buscar recursos y en adoptar medidas, que ahora se encuentra con mucho dinero, señor de quintas, de jardines y semipalacios, y por remate y corona de tanta fortuna, en potencia propincua de pasar por otro Anfión y de coronar por reina a su bella esposa, Mariquita, bajo el dictado de Cenobia 2ª". Buschental está al frente de una colosal empresa: la de edificar una nueva ciudad en las playas del Uruguay, junto al Plata.

En sus cartas a Estébanez, habla Valera pocas veces de literatura brasileña. Destaca a algunos poetas: Porto Alegre, Magalhães, Gonçalves Dias y Cetariano, pero los juzga inferiores a los españoles. Su impresión de los poetas brasileños la resume así: "los vates de este hemisferio son muy eróticos y melifluos, delicados y azucarinos con las damas". Como ejemplo de leyenda brasileña "de las más romanescas", cuenta a su amigo la de una hermosa dama, Marilia de Dirceo, que a fines del XVIII vivía en Villa Rica, capital de la provincia de Minas-Gerâes, muy enamorada del poeta Dirceo, que a su vez la amaba apasionadamente y le dedicaba sus versos. Condenado por rebelde contra el imperio, Dirceo fue des-

terrado a Angola donde murió loco. Y Marilia, siempre fiel a su amor, acaba de morir —escribe Valera— a los 82 años, "melancólica siempre y recordando a su Dirceo".

En otra carta al poeta Heriberto García de Quevedo, fechada el 10 de abril de 1853, Valera se queja de falta de salud, de irritación de estómago y de dolores de cabeza constantes. "La melancolía me abruma —escribe a su amigo. No hay aquí, para mí al menos, con quién hablar, ni de quién ser amigo". Añade que se aburre mortalmente —pero por las cartas a Estébanez sabemos que no era tanto—, y que el país es caro para su modesto sueldo. "Días y noches paso sin ver a nadie, y para consuelo y distracción me entro por los libros, como Santiago por los moros". También se dedica, siempre que puede, a comprar gangas. Cuando el ministro de Inglaterra muere de una epidemia de fiebre amarilla, y sus libros se venden en pública subasta, Valera adquiere los 20 tomos del *Viaje,* de Ponz por cinco duros.

En abril del '53 escribe a Estébanez pidiéndole que, con su influencia, le consiga un traslado, si no es posible a Europa, a México, Washington o Lima. El 14 de mayo, el embajador Delavat escribe al Ministerio de Estado pidiendo que se conceda licencia, a Valera, "por hallarse enfermo de las entrañas y no probarle bien el clima del Brasil". Pero el permiso no llega tan pronto como quisiera Valera, y aún habrá de permanecer en Río todo el verano del '53. El 4 de agosto escribe a Estébanez una extensa carta contándole algunas intimidades divertidas: "La emperatriz del Brasil es tan virtuosa como fea. Don Pedro II, a pesar de su mucha sabiduría, le es infiel a menudo. Y como el teatro de estas infidelidades suele ser la Biblioteca de Palacio, resulta de aquí que las damas se instruyen y se tranforman en Aspasias y en Corinas". "En cuanto a mi Armida brasileña, pondré en conocimiento de Ud. que es de las que han ido, y van con más frecuencia a la biblioteca; pero como S. M. aunque da ciencia, no da dinero, *porque están los bolsillos muy estrujados;* y como ella gasta desaforadamente, el pobre del marido tiene más deudas que cuernos, y de muy rico que era, ha venido a grande estrechez, y mi Armida se vale de sus amantes para salir de apuros".

El 1º de septiembre escribe Valera una última carta a Estébanez desde Río, y le confiesa su intención de abandonar su vida diplomática y vagabunda, y retirarse a Madrid, "donde con grande espacio y sosiego, trataré de hacer algo de provecho o de gusto en literatura". Se queja de su melancolía, de su falta de salud, que le tiene "delgado, pálido y aniquiladísimo". Duerme poco, no tiene gusto para nada, ni apetito, pues en la casa donde vive le sirven

siempre la misma comida: "carne y más carne de vaca, sin que de ahí salgamos". "De todas esas aves hermosas, pintadas de mil colores, y al paladar tan gratas, que en el Brasil dicen que hay, poquísimas he visto hasta ahora, y comido ninguna: de lo que sugiero que andan muy por las nubes, o en el más entrañado de esos bosques. Lo cierto es que yo no las he visto sino en estampas, o rellenas de paja en el Gabinete de Historia Natural". En cuanto a los peces, tampoco los prueba, si no es cuando le invitan fuera de casa. "El Bechupirá, que es el rey de los peces brasileños, no le he gustado más de cinco o seis veces desde que estoy aquí".

A fines de septiembre, Valera embarca en un navío inglés que llega a Lisboa el 10 de octubre. Su experiencia brasileña ha durado dos años. Apenas ha escrito en todo ese tiempo sino versos y cartas. Versos a sus amantes o amadas brasileñas; cartas a sus amigos Estébanez Calderón, García Tassara y Heriberto García de Quevedo. Pero si su fama de escritor no alumbraba aún, el mismo Valera reconoció que sus cartas a Estébanez fueron lo primero que motivó su reputación de estilista del idioma. Había volcado en ellas toda su necesidad de comunicación literaria, y el resultado fue tan bueno, que Estébanez estaba encantado con ellas, y las mostraba a sus amigos como piezas perfectas de literatura castiza, y al mismo tiempo de crónica algo escandalosa de la corte brasileña.

Pero si durante su estancia en el Brasil, Valera fue sólo mediocre e ignorado poeta y estupendo escritor de cartas, cuarenta años más tarde, ya escritor famoso y académico, sabrá utilizar las experiencias de su vida en Río para escribir una de sus últimas novelas, *Genio y figura,* que como ya advirtió Carmen Bravo en su excelente biografía de Valera, contiene abundantes recuerdos y describe muchos tipos tomados de la realidad brasileña. Algunas de las descripciones de paisajes brasileños que encontramos en *Genio y figura* se hallan también, como boceto anticipado, en las cartas que dirigió Valera a sus amigos desde Río. Y lo mismo ocurre con no pocas observaciones, como la que se refiere a lo poco poético de los nombres de los alrededores de la capital brasileña: el Corcovado, el Pan de Azúcar, Botafogo, la Tejuca. Las excursiones a la Tejuca, que describe detenidamente en la novela, eran fiel evocación de la realidad. Como la descripción del brutal deporte de la *carnerada,* una especie de fiebre o delirio que se apodera en ocasiones de los negros, y les empuja a lanzarse dando topetazos con la cabeza a quienes se encuentran en el camino. La misma descripción se encuentra en la novela y en una carta a Estébanez, de septiembre del '52, aunque en la carta es designado este juego de los negros con otra palabra: *capocira.* En cuanto a los tipos y per-

sonajes de *Genio y figura,* no pocos de ellos son probablemente reflejo fiel de la sociedad brasileña que Valera conoció. La señora de Figueredo, personaje de la novela, parece un eco de la baronesa de Sorocaba, de la que habla en una carta a Estébanez como "la más chusca y divertida del universo mundo". Y su esposo, el señor Figueredo, usurero riquísimo, es probable retrato del marido de una de sus amantes, Jeanette, también usurero y rico.

Hay que dar, pues, la razón a Carmen Bravo cuando escribe que Valera fija su experiencia por partida doble, en la carta y en la novela. La carta es como un borrador de lo que más tarde pasará al mundo de la ficción novelesca.